

XVIII

EN REIMS

Agosto de 1915.

En automóvil, una hermosa tarde de Agosto, me dirijo apresuradamente hacia una de nuestras ciudades mártires, Reims, en la que me propongo solicitar alojamiento esta noche, antes de continuar mi camino con rumbo al Cuartel General de otro ejército; para evitar formalidades militares, quisiera entrar en la ciudad antes de la puesta del sol, que, por cierto y en contra de mi deseo, se encuentra ya demasiado bajo en el horizonte.

Esta tarde luce con el verdadero esplendor de uno de nuestros veranos de Francia : limpidez adorable en el aire, y calor sano, con alguna brisa vivificadora. En las laderas de la Champagne, las frondosas vides, donde madura la uva, extienden uniformemente el tapiz verde de sus

vástagos, y hay por doquier abundancia de árboles y de flores, y jardines en todos los pueblos, y rosales de enredadera en todas las paredes. Hoy no se oye tronar el cañón, y se experimentaría la tentación de olvidar que los Bárbaros están muy cerca, — si no hubiese tantos cementerios improvisados a lo largo del camino... Siempre son parecidísimas estas reducidas tumbas de soldados, que se encuentran ahora de un extremo a otro de nuestra amada Francia, en toda la longitud de la línea de combate; modestas cruces de madera, en fila, como efectuando el ejercicio, adornadas, éstas con una corona, y aquellas, de modo más conmovedor, con un pobre quepis rojo o azul que va a deshacerse en jirones. Al pasar ante ellas, las saludamos militarmente. Entre los que yacen, hay muertos gloriosos, a los cuales sus padres vendrán a recoger, para trasladarlos a su provincia natal, más adelante, cuando hayan desaparecido los Bárbaros; mientras que otros, menos afortunados, permanecerán siempre allí, hasta desaparecer en el olvido final... ¡Pero cuántas flores se han cui-

dado ya de plantar para todos ellos! En derredor de los lechos mortuorios, admira el maravilloso conjunto de matices deslumbrantes : dalias, cañas, margaritas, rosas. ¿Quién ha tomado a su cargo esta linda tarea? ¿Han sido las jovencitas de los pueblos inmediatos, o han sido tal vez los camaradas de combate, que habitan por todas partes en las cercanías, como invisibles tribus subterráneas, en casamatas, en trincheras, en refugios y en agujeros de muy distintas formas recubiertos de ramas verdes?

La región, por supuesto, no es muy segura, y cuando llegamos a algún paso demasiado al descubierto, un centinela, apostado allí expresamente para dar aviso, nos indica que abandonemos un momento la carretera, en la cual correríamos el riesgo de ser vistos y ametrallados, y que continuemos la marcha por algún umbroso camino de travesía, detrás de cortinas de álamos.

Uno de los soldados conductores de mi automóvil, se vuelve de repente para decirme : « ¡ Oh, mire usted, mi comandante, un cementerio de

árabes! ¡Y, en cada sepultura, han colocado la media luna, en vez de la cruz!» Aquí, efectivamente, os humildes postes de madera tosca aparecen rematados por la media luna del Islám, y esto produce extrañeza en pleno territorio francés. ¡Pobres muchachos, que cayeron en defensa de nuestra justa causa, tan lejos de sus mezquitas y de sus morabitos, y que duermen ¡ay! sin tener el rostro vuelto hacia la Meca, porque los que piadosamente los enterraron ignoraban que ese requisito fuese necesario para el descanso eterno! Pero se les ha adornado con igual profusión de flores que a los nuestros, y, huelga decir que, al pasar ante estas tumbas, también las saludamos militarmente, — tal vez con algún retraso, porque marchamos velozmente...

Entramos en Reims un momento antes de la puesta del sol. Y, al entrar, sentimos el hielo de repentina tristeza. Reina el silencio y las calles aparecen casi desiertas. Los establecimientos de comercio están cerrados, y vense algunas casas completamente abiertas, con enormes boquetes en sus muros.

Uno de los raros transeuntes, nos dice que en la fonda de León de Oro, plaza de la Catedral, encontraremos tal vez alguna persona que nos reciba. Y casi en el acto nos hallamos al pie de la augusta ruina, que descuella siempre majestuosa en medio de la ciudad mártir, dominándolo todo con sus dos caladas torres. Detengo mi automóvil, cuyo ruido, en tal sitio, parece una profanación; la tristeza de las ruinas se convierte aquí en verdadera angustia, y el silencio es tan solemne que, instintivamente, todo el mundo habla en voz baja, cual si estuviese ya en el recinto de la magna iglesia muerta...

El León de Oro..., pero los cristales están rotos, las puertas de par en par, y el patio en completa soledad. — Envío a uno de mis soldados, encargándole que llame sin alzar demasiado la voz en medio de aquel fúnebre recogimiento. El soldado vuelve; no ha recibido respuesta y ha visto agujeros en las paredes. La casa está abandonada; hay que buscar alojamiento en otra parte.

En crepúsculo. Un reflejo dorado persiste aún en el coronamiento magnífico de las torres, cuya

base se envuelve en sombra. ¡ Oh, la Catedral, la maravillosa Catedral! ¡ Qué obra destructora han continuado realizando en ella los Bárbaros, desde mi peregrinación en Noviembre último! La Catedral había sido siempre un encaje de piedra, y ahora no es más que un encaje desgarrado, en jirones, taladrado por mil agujeros. ¿ Por virtud de qué milagro se mantiene en pie? Se comprende que bastaría hoy la más leve sacudida, tal vez una racha de viento, para que se derrumbase y se disolviese — valga la palabra — en mínimos fragmentos. ¿ Cómo soñar en restaurarla? ¿ Quién se atrevería a apoyar andamiajes en esos vacilantes despojos? Para intentar siquiera protegerla un poco, se han amontonado sacos de tierra contra los pilares de los pórticos, — de igual modo que se ha hecho en San Marcos de Venecia, en Milán, y allí donde existen esas inimitables obras maestras de lo pasado, sobre las cuales amenaza ejercitarse la elegante cultura alemana. — Precauciones inútiles, es demasiado tarde, la Catedral está perdida. — ¡ Y qué tristeza indignada nos oprime el corazón, al mirar hoy,

en su agonía y en su abandono, a esta reliquia sagrada de nuestro pasado, de nuestro arte y de nuestra fe! ¡ Ah, los salvajes! ¡ Y saber y sentir que aun están ahí, muy cerca, y que son capaces de asestarle, de un momento a otro, el golpe que acabe de aniquilarla!

Como saludo de despedida, acaso el último, dimos una vuelta en torno de ella, lentamente, caminando con pasos discretos, entre silencio mortuorio que se acrecienta más y más a medida que decrece la luz.

Pero, bruscamente, cuando pasamos ante los escombros del palacio episcopal, nos sorprende el prelude de un enorme ruido cavernoso, algo así como el bramido de una gran tormenta, que estuviese muy próxima y que retumbase sin interrupción. ¡ Y, sin embargo, el cielo crepuscular está despejadísimo!... ¡ Ah, sí! Nos habían prevenido, sabemos de qué se trata: es el bombardeo de nuestra artillería gruesa, ordenado para media hora después de la puesta del sol, contra las trincheras de los Bárbaros. Esta música de cataclismo interrumpe el silencio y trae

a nuestro paseo una tristeza diferente, otra forma de horror. Y continuamos contemplando las filigranas de piedra que nos dominan, los atrevidos arcos y las inmensas ojivas tan delicadas como exquisitas. Sí, ¿cómo se mantiene aún de pie todo esto? Hay allá arriba columnitas que carecen de base y que continúan cual suspendidas en el aire por su capitel; las vidrieras ya no existen, los soberbios rosetones han sido pulverizados, y la nave tiene gigantescas desgarraduras que van desde la techumbre hasta la base; en el crepúsculo, la Catedral adquiere más y más su aspecto de fantasma, y este ruido, que hace que todo trepide, prosigue engrosando. Hay motivo para temer que tantas vibraciones determinen la caída definitiva de esas excesivamente frágiles filigranas que persisten en sostenerse de pie, a tales alturas, encima de nuestras cabezas.

En esta soledad, el primer transeunte con quien tropezamos es un señor bien vestido. Apresurándose, corriendo, grita: « ¡No permanezcan ustedes ahí! ¡No están viendo que nos van a bombardear!

— Pero si somos nosotros, los franceses, los que disparamos. Si es nuestra artillería... ¡No tenga usted tanta prisa, vaya!

— Sé muy bien que es nuestra artillería; pero, siempre que dispara, se vengan los otros en la Catedral. Le aseguro a usted que, dentro de un instante, va a llover aquí metralla. ¡Póngase a salvo!

Y, así diciendo, se marchó; tanto mejor; ha procedido humanitariamente avisándonos, pero su « saqué » y su sombrero flexible no armonizaban con la trágica grandeza del escenario.

Ahora aparecen, en la desembocadura de una calle, dos jovencitas, que se detienen vacilantes. Sin duda saben, también, que los Bárbaros acostumbra a vengarse noblemente cañoneando a la Catedral, y que los proyectiles van a caer; pero, de seguro, las muchachas necesitan atravesar esta plaza para volver a su domicilio y encerrarse en un sótano. ¿Tendrán tiempo para ello?

Son graciosas y bonitas, rubias, con la cabeza al descubierto y los cabellos recogidos en sencillas cocas. Miran hacia arriba, elevando mucho

los ojos al cielo, acaso para ver si la muerte comienza a pasar por el aire, pero, ante todo, para pronunciar una plegaria. Un indefinible y postrero resplandor del crepúsculo, a pesar de la obscuridad creciente, ilumina de un modo delicioso sus rostros vueltos hacia la altura, y semejan santas arrancadas de una vidriera. Se santiguan ambas, después se deciden, y, cogidas de la mano, cruzan la plaza a la carrera. Con sus ademanes religiosos, con su rostro inquieto, pero no obstante animoso y lleno de altivez, me parecen súbitamente símbolos encantadores de la juvenil hija de Francia : huyen, sí, pero se adivina muy bien que permanecerían sin miedo, si hubiese algún herido a quien auxiliar o algún deber que cumplir. Y su fuga es un primor de ligereza, en medio de este horrísono estruendo apocalíptico...

Al fin resolvemos alejarnos, considerando que es lo más prudente. En las calles, contadísimos transeuntes, que corren para ponerse en resguardo, que corren encogiendo los hombros, como hace la gente sin paraguas al ser sorprendida por

un aguacero. Uno, que cuida de detenerse lo menos posible, nos indica la última fonda que se ha abierto, una fonda « de absoluta confianza », dice, allá, en un barrio al que nunca llegan las granadas.

¡ Dios me libre de la idea de burlarme de estos ciudadanos, a los cuales admiro lo mucho que merecen por su persistente y tranquilo heroísmo de permanecer, a pesar de todo y afrontándolo todo, en su amadísima ciudad cada día más mutilada ! Pero no puedo evitar que se me antoje risible este instinto que impulsa a la mayoría de las criaturas humanas a encorvar las espaldas y a encoger los hombros ante la perspectiva de una granizada de cualquier género. Y, además, acaso por efecto del aire puro y excitante, o acaso porque experimento la satisfacción de vivir, es lo cierto que, después de la indecible angustia que mi corazón ha sufrido ante la Catedral, y después de sentirme a punto de llorar de rabia, he entrado en calma, y en este momento todo me divierte.

En el extremo de una tranquila calle, donde el ruido del cañoneo llega amortiguadísimo por la

distancia, hallamos la fonda que nos han recomendado. — « ¿Habitaciones? — dice el patrón, muy afable, desde el umbral de la puerta, — ¡ oh, todas las que usted desee, incluso la fonda entera, porque, naturalmente, los viajeros no abundan en la época actual!... Y, sin embargo, en lo que se refiere a bombas, ya sabe usted que aquí nada hay que temer... »

Espantoso estruendo le cortó la palabra. Todos los cristales de la fachada volaron en añicos, y con ellos tejas, fragmentos de molduras de yeso y ramas de árboles. En la prisa por ir a esconderse, el fondista pisó en falso, al querer salvar el peldaño de la puerta de entrada, y cayó de bruces en el suelo. Un perro que pasaba, precipitóse sobre el caído, ladrando con fuerza y adoptando una actitud solemne, como para llamarlo al orden. Un gato, brincando desde no sé dónde, atravesó el espacio a la manera de un bólido, tomó como punto de apoyo uno de mis hombros para saltar de nuevo y desapareció por el ventanillo de la bodega... Pero las palabras son demasiado lentas para describir la serie de catástrofes

ocurridas escasamente en el tiempo que duran dos relámpagos... Y continuaron bombardeándonos con preciosa regularidad, como si se ajustasen a las indicaciones del metrónomo; a los pocos instantes, el muro de la casa hallábase acribillado de cicatrices.

Reconozco que está muy mal el tomar estas cosas a broma, y ya se supondrá que en mí tal impresión no es más que superficial, física, por decirlo así, y que lo persistente en el fondo de mi alma es la indignación, la angustia y la lástima. Pero ¿cómo permanecer serio ante los accidentes imprevistos de la entrada a gran orquesta que los alemanes nos han preparado en la fonda tranquilísima, en la fonda « de absoluta confianza? » Según parece, caen bastantes proyectiles pequeños; verdad, no son « marmitas »; pasan lanzando un prolongado silbido, y estallan con resonancia de formidable batintín : ¡ zing bum! ¡ zing bum! — « ¡ Al sótano, señores! » — nos grita el hostelero, que se ha levantado sin haber sufrido daño alguno. Evidentemente, eso es lo que hay que hacer, y lo mismo se me hubiera

ocurrido decir. Me vuelvo para ordenar que bajen también al sótano mis tres soldados, que se han quedado en la calle examinando la brecha abierta por un casco de metralla en el arcón de nuestro automóvil... ¡Pues si me parece que se rien de veras, los muy desalmados!... Entonces, no, ya no puedo contenerme más, y rompo a reir como ellos.

Sí, está muy mal, porque habrá heridos y muertos dentro de poco... Mas ¿quién reprime la carcajada ante aquel buen hombre caído boca abajo, ante la solemnidad con que el perro se figuró que daba el ¡alerta!, y, sobre todo, ante el gato, ante el gato que desaparece como engullido por un tragaluz, después de mostrarnos, cual suprema exhibición de fuga y levantando la cola, su reducido nalgatorio?...

XIX

LOS GASES MORTÍFEROS

Noviembre de 1915.

Un lugar de horror, que pudiera creerse imaginado por Dante. El ambiente es pesado, sofocador; dos o tres lamparillas, que arden cual si temiesen alumbrar demasiado, taladran un poco la obscuridad nebulosa, muy cálida y como impregnada de sudor y de fiebre. Varias personas, atareadísimas, cuchichean con ansiedad. Pero predominantemente se oyen estertores de agonia... Esos estertores surgen de multitud de camas pequeñas, alineadas hasta tocar unas con otras, en las cuales se vislumbran formas humanas, pechos que palpitan con excesiva fuerza, con excesiva rapidez, y levantan las sábanas cual si hubiese llegado la hora de exhalar el postrer suspiro...

Estamos en una de nuestras ambulancias de la línea de combate, en una ambulancia improvisada del mejor modo posible, al siguiente día de una de las más abominables maquinaciones alemanas; la índole de la lesión recibida por estos hijos de Francia, que jadean como agonizantes desahuciados, no permite que sean trasladados más lejos. Esta sala espaciosa, cuyas paredes se hallan deterioradas, fué hasta ayer una bodega para los toneles de Champaña, y estas camas pequeñas — próximamente medio centenar — han sido fabricadas, con apresuramiento febril, empleando ramas sin descortezar, y se asemejan a lo que llamamos, en nuestros jardines, muebles de estilo rústico. Pero ¿por qué existe este calor, casi irrespirable, que desprenden las estufas? — Nunca es bastante elevada la temperatura cuando se trata de pulmones de asfixiados. — Y esta obscuridad, ¿para qué esta obscuridad, que da aspecto dantesco a este lugar de martirio y que debe de molestar tanto a las amables y blancas enfermeras? Es que los bárbaros están ahí, en sus agujeros, muy

cerca de este pueblo cuyo campanario y cuyas casas se han complacido más de una vez en destrozarse, y si, con sus anteojos, siempre en acecho, vieses, en este triste anochecer de Noviembre, iluminarse la hilera de ventanas de una sala grande, inmediatamente olfatearían que era una ambulancia, y los proyectiles lloverían sobre los humildes lechos : ¡ conocida es su predilección por ametrallar los hospitales, los convoyes de la Cruz Roja y las iglesias !...

Así, pues, casi no se ve aquí, entre una especie de bruma desprendida por el agua que hierve en los hornillos. A cada instante, las enfermeras traen enormes balones negros, y los enfermos que más sienten el ahogo, tienden las manos trémulas implorando ese auxilio : es oxígeno, que les permite respirar mejor y sufrir menos. Muchos de ellos tienen los balones negros colocados sobre el pecho jadeante, y, en la boca, sujetan ávidamente el tubo por donde sale el gas salvador; se les tomaría por niños grandes chupando el biberón; y el efecto es de bufonería fúnebre en estos cuadros de horror. La asfixia, según las constitu-

ciones, actúa de diversos modos que requieren distintas formas de tratamiento. Algunos, casi desnudos en el lecho, están cubiertos de ventosas o embadurnados por completo con tintura de yodo. Hay otros — por desgracia gravísimos — totalmente hinchados, pecho, cara, brazos, y que se asemejan a muñecos de tripa llenos de aire... Muñecos de tripa, niños con biberón, aunque tales imágenes sean las únicas exactas, parece casi un sacrilegio emplearlas cuando la angustia nos oprime el pecho y cuando se sienten ganas de llorar, de llorar de compasión y de llorar de rabia... Pero ¡ojalá estas comparaciones brutales, precisamente por su misma inconveniencia, sirvan para grabarse mejor en la imaginación, y para mantener durante más tiempo el odio indignado y la sed de santas represalias!

Porque hay un hombre que nos ha preparado detenidamente todo esto, y ese hombre continúa viviendo; vive, y, como el remordimiento es sin duda cosa desconocida para su alma de buitre, ni siquiera sufre, a no ser que sufra el furor de haber errado el golpe, al menos por esta vez.

Antes de desencadenar de tal modo la muerte sobre el mundo, lo había previsto y combinado todo fríamente: « ¿Y si no obstante, se dijo, mis tremendas embestidas a estilo de rinoceronte y mis enormes pertrechos de matanza, fuesen, aun cuando parezca imposible, a chocar contra una resistencia demasiado magnífica?... Entonces tal vez me atreveré, confiando en la debilidad de los neutrales, tal vez me atreveré a desafiar todas las leyes de la civilización y a valerme de otros medios. Por lo que pueda ocurrir, preparémoslos. » Efectivamente, la embestida no dió resultado, y, con timidez al principio, temeroso a pesar de todo de la aversión universal, intentó el procedimiento de la asfixia, después de haberse afanado, naturalmente, por engañar a la opinión con sus habituales mentiras, acusando a Francia de haber comenzado a emplear ese sistema. Como cínicamente supuso, no se produjo, por desgracia, un sobresalto general de la conciencia humana. De igual modo que ante los crímenes anteriores — organización para el saqueo, destrucción de catedrales, violaciones, matanzas de

niños y de mujeres, — los neutrales no han pestañeado; parece realmente que la mirada engañadora, feroz y muerta de su cabeza de Gorgona o de Medusa los ha helado a todos en sus sitios. Y, a la hora en que escribo estos renglones, el último aterrado por la mirada del monstruo es el pobre rey de Grecia, indeciso y torpe, que tiembla al borde del precipicio de las peores felonías. Que existan neutrales por terror ¡ Dios mío!, aun se explica; pero que algunos pueblos, altamente estimables sin embargo, hayan podido continuar siendo germanófilos, es cosa que excede a los límites de nuestra comprensión; ¿por virtud de qué maniobras, de qué calumnias o de qué dinero los han cegado?...

Nuestros soldados queridos que, con los pulmones abrasados, jadean en sus reducidos lechos « rústicos », muestran expresión de gratitud cuando alguien, acompañando al médico, se aproxima a ellos, y, si se les estrecha la mano, fijan en el visitante una mirada bondadosa. Me detengo ante uno completamente hinchado, imposible de reconocer sin duda para los que le

vieron cuando aun no había sufrido esta horrenda inflamación; basta tocarle, aunque sólo sea ligerísimamente, las doloridas y dilatadas mejillas, para sentir bajo los dedos la crepitación de los gases infiltrados entre la piel y la carne. « Vamos, esto marcha mejor desde la mañana, » dice el médico militar. Y añade, en voz baja, dirigiéndose a la enfermera : « Empiezo a creer, señora, que a éste lo salvaremos también; pero es absolutamente preciso no dejarlo ni un minuto. » ¡ Oh! La recomendación es inútil, porque la blanca enfermera, cuyos ojos están rodeados de un círculo violáceo producido por cuarenta y ocho horas de vela sin descanso, no tiene la menor intención de dejarlo. No, ninguno será « dejado »; para confiar en ello, basta con mirar a todos estos juveniles médicos y a todas estas enfermeras, algo rendidos por el cansancio, es cierto, pero muy vigilantes, muy animosos y sin perder un momento de vista a los enfermos.

¡ Y, gracias a Dios, se salvarán casi todos! (1)

(1) De seiscientos asfixiados esta noche, más de quinientos están fuera de peligro.

Tan pronto como se encuentren en condiciones de ser transportados, se les llevará lejos de este infierno de la línea de combate, donde las granadas del Kaiser se ensañan voluntariamente en los moribundos; descansarán mejor y en mejores lechos, en ambulancias más tranquilas, donde aun sufrirán mucho ciertamente, durante ocho días, quince o un mes, pero de donde no tardarán demasiado en volver, mejor prevenidos, más prudentes y ansiosos de batirse de nuevo. Puede afirmarse que el *golpe* de la asfixia ha fallado, como falló el de las grandes acometidas salvajes; no ha dado de sí lo que la cabeza de Gorgona esperó. Y, sin embargo, ¡ con qué calculada habilidad se ha intentado este golpe, eligiendo siempre los momentos más propicios ! Sabido es que los alemanes, maestros en el espionaje y constantemente informados de todo, nunca dejan de escoger para sus ataques, sean del género que sean, los días de « relevo », las horas en las cuales los nuevos recién venidos ante ellos, se hallan aún bajo el influjo de la confusión consiguiente a la llegada. Así, pues, la noche en que se realizó

esta última fechoría, seiscientos de nuestros hombres acababan de ocupar sus puestos en las avanzadas, tras una larga y fatigosa marcha; de repente, entre una salva de bombas que los sorprendió en el primer sueño, escucharon, acá y allá, débiles y discretos silbidos, como lanzados por taimadas sirenas de vapor, — y era el gas mortífero que deflagaba en torno de ellos, extendiendo sus densas y lúgubres nubes grises. Al mismo tiempo, y de modo súbito, entre aquella niebla menguó la luz de las linternas. Enloquecidos entonces, ahogándose ya, pensaron demasiado tarde en las caretas de que iban provistos y en cuya eficacia, la verdad sea dicha, casi no creían; con torpeza extraordinaria se cubrieron con ellas; algunos, por irresistible instinto de conservación, al sentir la quemadura de los bronquios, cedieron al deseo de correr, y esos fueron los más terriblemente dañados, a causa del exceso de cloro inhalado en las grandes aspiraciones efectuadas durante la carrera. Pero ni ellos ni ninguno de los nuestros, volverán a dejarse sorprender; herméticamente enmasca-

rados, se agruparán y permanecerán inmóviles en derredor de las hogueras preparadas de antemano, y cuyas llamas repentinas neutralizan los venenos del aire, — y todo quedará reducido a casi nada, a una hora de molestia, penosa para el que la pasa, pero generalmente sin consecuencias mortales. Ciertamente es que, en los antros malditos que les sirven de laboratorios, los intelectuales de Alemania, convencidos ahora de que los neutrales transigirán con todo, se esfuerzan por buscar otros venenos peores para emplearlos en daño nuestro; pero, hasta tanto que los encuentren, es indiscutible que la cabeza de Gorgona ha errado este golpe, como ha errado muchos más. Nosotros, por desgracia, aun no hemos sabido descubrir un medio de corresponder cruelmente a su crueldad; para defendernos, sólo disponemos de la careta protectora, que, realmente, se perfecciona más cada día; y al fin y al cabo, ante los ojos de los neutrales, si es que aun tienen ojos para ver, resulta acaso más digno no emplear sino los medios que empleamos. No obstante, nuestra situación sería diferente si también llegá-

semos a emplear la asfixia contra ellos, contra los ladrones y asesinos, contra los agresores que han entrado valiéndose de la fractura, y que, al perder la esperanza de destrozar nuestras líneas, intentan ahumarnos innoblemente en nuestras posiciones, en nuestra amada tierra de Francia, como se ahumaría a los conejos en sus madrigueras o a las ratas en sus agujeros. Los idiomas humanos no habían previsto estas trascendentales ignominias, ante las cuales experimentarían repugnancia los caníbales más abyectos, y, como no las habían previsto, no tienen palabras para designarlas... Para elevar hasta el paroxismo la sed de venganza y las indignaciones sagradas, quisiera yo que todos, sus padres, sus hijos y sus hermanos, viesan a nuestros infelices asfixiados, jadeantes en sus reducidos lechos; sí, quisiera exhibirlos y hacer que sus estertores fuesen oídos por todas partes, incluso por los muy impasibles neutrales, para demostrar la ininteligencia o el crimen a tantos obstinados « pacifistas », y para sembrar por doquiera la alarma contra la Gran Barbarie, en erupción sobre Europa...